

PREMEDITADA ILUMINACION

EN este relato autobiográfico (*) —o simplemente egocentrista, según se mire— el autor nos anuncia de entrada, como quien no quiere la cosa, haber experimentado nada menos que una especie de revelación-revolución, a la que cree necesario y vistoso designar con una palabra japonesa, "satori", la que significaría iluminación súbita, golpe en los ojos y en el alma. El autor expresa a renglón seguido su necesidad espiritual de compartir ese estado de trance, pues la literatura sería esencialmente eso: una camaradería a muy alto nivel, en base a pretextos cotidianos. Y JK cumple esa tarea necesaria —o quiere cumplirla— de rodillas, pidiendo clemencia por escribir y compasión para todos. Valga tanta humildad por la soberbia de creerse iluminado.

Lo que quiere —repite— es "enseñar algo religioso". Pero una cosa es pregonarlo y otra volverlo sensible en la materia misma del relato. Para decirlo de una vez: no creemos que se produzca ninguna clase de "satori" en el lector, al menos de la entidad de la que se nos anuncia con tan apresurada premeditación. Pero si no logra revelarnos tan apetecibles realidades, nos revela en cambio bastante bien quien es Kerouac, aun cuando —o tal vez por eso mismo— cada vez que explica el porqué de lo que hace, revela un deseo de ser sincero que no parece muy sincero. Sus peripecias en París y en Brest nos proporcionan sin embargo una diversión de buena ley. Agrada y hasta seduce ver, en efecto, con qué liviano desapego relata los menudos sobresaltos a que lo conduce el azar, combinado con su ánimo exultante y con su muy particular manera de estar siempre un poco fuera de la situación, inocentemente enloquecido, reaccionando ante aquello que le sucede con actitudes esmeradamente insolitas. Aparece siempre dispuesto a divertírnos con las modestas sorpresas que simula casi siempre improvisar, y con las que no intenta por cierto ninguna emoción importante, nada que amenace desacomodarnos a fondo el curso consagrado de las cosas. Como comprometido, es más bien un fabricante de humo. La escritura adquiere entonces la flexibilidad necesaria, a la medida de la transitoriedad de sus experiencias tan incansablemente irregulares, única manera con que puede acceder al mundo tal cual le parece que es, o que no es. Todo es así importante, aunque nada lo sea. Rebelde, afán de comunión y de evasión, se entremezclan en consecuencia con un generoso excipiente de coñac. Es continuamente la hora de embriagarse, antítesis de la recurrente y protocolar hora de tomar el té del sombrerero de Lewis Carroll. Y el logro mejor es entonces escribir como si estuviera algo borracho, y justificar en cierto modo el mundo hasta en sus mismos desatinos.

JK usa como hilván del relato una búsqueda in situ del origen de su propio apellido, primero en París, entre incidentes de amable incoherencia, luego en Bretaña con un desparpajo y una actitud primera de introspección que se sale de las casillas a cada paso, para convertirse entonces en desfachatez adolescente así como para buscar contactos entrecercados —sin dejar de ser sencillos y corrientes— con los otros; búsqueda en suma de amor y, por lo tanto, frecuentes iracundias más bien improcedentes. A través de reacciones que quieren tener siempre un aire de espontaneidad, se van inventariando así errores, manías, incomunicaciones surtidoras de gente que aparece y desaparece sin decir agua va, entre notas sueltas de calor humano y verdadero, notas incorporadas casi siempre al haber del relator, pedante revenido si los hay, dispuesto a rebajarse por nada. Pero lo que más le gusta es evidentemente pasar por "chiflado". Y divertir al lector, sin descuidar, claro, esa pizca de trascendencia que sabe bien puede barnizar de dignidad lo que, si no, podría creerse mera payasada. Ya se sabe que los locos lindos en general no escriben. Pero JK, et más que eso, es un "beatnik": o más aún, "el rey de los beatniks", según se le consagrara. Y qué bien queda invocar imprevistamente a Jesús, o al budismo Zen, en medio de un vulgar desparatado. O ponerse a silbar o a cantar porque sí, como pura y simple expresión de que se está sobrevolando el inmerecido protagonismo de este mundo anterior a la revelación.

La conversación con el chofer que se describe al final de la obra y que, según dice sospechar el autor, fue lo que provocó la "satori", nos procura en verdad muy pocos indicios como para que podamos compartirla. Está bien eso de la inefabilidad, pero otra cosa son las medias palabras que pretenden pasar por palabras enteras. En tales casos más vale callar. Y hablar mejor de lo que se tiene a mano, cosa que por otra parte JK sabe consumar con una alegría contagiosa, aunque a veces resulte demasiado chica. ¿A qué santo entonces hablar de la "satori", correctivo, solamente de palabra, de un mundo que, tal como nos lo presenta el autor, no es infierno puro ni necesita cielos superpuestos? A lo que hay aquí que atenerse es en primer lugar al Kerouac que pasea livianamente su modestísima locura, su manera desenfadada de servirnos en trozos de vida algunas verdades del momento, incluso cuando sueñan un poco a mentira. Sin lo siguiente de una "satori" que no viene al caso.

WASHINGTON LOOBYANT

En los Estados Unidos: SATORI EN PARÍS. BURNETT BOOKS, Nueva York, 1969, 222 pp.